



Al final de su famoso discurso en la "sesión patriótica" del Congreso de los Diputados del Reino de España, el día 11 de diciembre último, decía, o más bien declamaba Maura dirigiéndose a Cambó: "...que no tiene su señoría opción ni la tendrá nunca, ni la tiene nadie, porque no se elige la madre, ni se eligen los hermanos, ni la casa paterna, ni la patria en que se nace..." Y este tropo se lo aplaudieron a rabiar los mismos que le aplaudieron lo de las plumas del águila, y el impetuoso Romanones, ávido de la estimación de quien más desdeñosamente le fustigó antaño, se avalanzó a abrazar al gran abogado.

Pero eso de comparar a la patria con la madre tiene los peligros de toda metáfora y más si la emplea no un poeta, sino un abogado. Las metáforas, tan nobles y fecundas en manos del poeta, son peligrosísimas en manos del abogado.

¿Se elige madre? ¡Vaya si se elige! Si por madre entendemos algo que no sea lo que de su concepto puramente material o fisiológico se desprende, si madre es algo más y a las veces otra cosa que la que pare a un hijo respecto a éste. ¿No es madre y muy madre una que lo sea de adopción? "Después dice (Jesús) al discípulo: "He ahí tu madre; y desde aquella hora la recibió consigo." Así nos cuenta el cuarto Evangelio, cap. XIX v. 27 respecto a Juan el Evangelista y a María, madre de Jesús. ¿Y por otra parte no puede una paridora dejar de ser madre de aquel a quien parió? ¿Lo es la que le expone, la que le abandona en un hospicio, por bien administrado que éste esté?

Al declamar Maura que no se elige la patria en que se nace, da por supuesto, primero, que sólo el nacimiento en uno u otro territorio determina la patria de un ciudadano y acepta, por otra parte, el concepto naturalista, más bien materialista, de patria, el que corresponde al de nacionalidad etnográfica, la teoría que se llama alemana por oposición a la llamada francesa, a la de nacionalidad electiva, a la que se basa en la doctrina del querer convivir colectivo. (Sobre esto es muy de recomendar la tan sugestiva cuanto instructiva obra de M. René Johannet: "Le principe des nationalités".)

La patria, como la madre misma y los hermanos y la casa paterna, se reconoce o no, y el reconocimiento es una elección. Si hay la investigación de la paternidad, cabe también la de la maternidad. Puede haber casos en que no baste que una mujer le diga a un mozo: "yo te paré, yo te amamanté, yo te crié", sino que el mozo lo dude y quiera ponerlo en claro.

Conocemos una pequeña tragedia familiar y a sus actores. Una pareja de enamorados, pobres obreros, tuvieron una hija a la que tuvieron que echar al hospicio con su señal; pasado algún tiempo se casaron y al casarse sacaron del hospicio aquella hija y se la llevaron a su hogar. La madre y la hija no se entendían y había frecuentes querrelas mutuas, de que el padre no participaba. Cuando la hija fué a casarse, al ir a arreglar sus papeles, se vió que no era aquella la que los pobres novios de antaño habían depositado en el hospicio, sino que era otra. Y al saberse esto

rompieron madre e hija en aquello de "si ya sabía yo que tú no podías ser mi hija" y "si ya decía yo que usted no era mi madre!"

Que nadie le dé a esta pequeña historia, rigurosamente sucedida, más alcance ni intención de la que tiene, pero a cualquiera se le ocurre que si aquella madre y aquella hija hubieran vivido en comprensión y afecto continuos, en nada les habría afectado el descubrimiento de la verdad.

Lo que forma realmente el patriotismo es lo que M. René Johannet llama la "meditación de los orígenes", es la conciencia histórica de la tradición y de la misión común. Un pueblo es uno, unificado; un pueblo es una sola nación no cuando habita un mismo y sólo territorio bien individualizado geográficamente, no cuando se crea de una misma y sola raza, no cuando habla una sola y misma lengua, sino cuando reconoce una historia común, o sea una común y misma tradición en el pasado y una común y misma misión para el porvenir. Porque la historia se alimenta del porvenir tanto o más que del pasado.

"No se elige la patria en que se nace..." ¡Como si el nacimiento determinara por sí la patria! Claro que no se elige el lugar en que se nace! Y esto a pesar de lo que decía un niño—se lo oímos nosotros—una vez que su madre le reprendía severamente: "si sé esto no te nazco!" No se elige en ese sentido material, que por lo visto es para Maura el jurídico, la patria en que se nace, pero se la reconoce o no como tal patria. "Ciego de nación" quiere decir en estas tierras en que vivimos, ciego de nacimiento y así gallego, asturiano, vasco, catalán, castellano o andaluz de nación querrá decir de nacimiento. Pero nación no es precisamente patria ni todo movimiento nacionalista es por ello patriótico. Y hasta hay quien tiene por hogar, por patria, la tienda de comercio o la fábrica de industria en que se gana la vida. Hay un patriotismo mercantil o industrial como le hay lingüístico y le hay religioso.

Se elige patria, ¡vaya si se elige patria! El patriotismo es cosa de libertad, aunque no de libre albedrío en el sentido jesuítico; es cosa de libertad en cuanto ésta es la conciencia de la ley. En cuanto se da conciencia de la ley de ciudadanía por que se rige, en cuanto descubre su nacionalidad, la elige. Y la elige al aceptarla. Si un planeta conociese la ley de la elipse de su revolución en torno a su sol, sería libre, querría ser el que es... O querría ser otro... Y la personalidad, individual o colectiva, no es más que esto, es la conciencia de cómo se es y la voluntad de ser de ese modo y no de otro. Y la personalidad, lo mismo que la nacionalidad, es un hecho, un hecho independiente de las teorías con que uno trate de explicarlo. Sin tener nada de psicólogo puede un hombre tener una muy acusada personalidad y clarísima conciencia de ella. Y toda la psicología no hace un alma.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)